

# Entrada Libre

## Reimaginar África

Tomiwa Owolade

Dipo Faloyin, *Africa Is Not a Country: Breaking Stereotypes of Modern Africa*, Londres, Harvill Secker-Penguin Random House, 2022, 400 pp.; Astrid Madimba y Chinny Ukata, *It's a Continent: Unravelling Africa's History One Country at a Time*, Gran Bretaña, Coronet-Hachette, 2021, 352 pp.; y Olúfemi Táíwò, *Against Decolonisation: Taking African Agency Seriously*, Londres, Hurst, 2022, 368 pp. Esta reseña sobre África apareció en el *Financial Times*, el 19 de julio de 2022. Traducción de Antonio Saborit.

**E**NTRE LOS CUATRO CANDIDATOS FINALISTAS en la disputa por el liderazgo del Partido Conservador, y la carrera por convertirse en el siguiente primer ministro británico, dos son hijos de padres que llegaron de África a la Gran Bretaña. Los padres de Rishi Sunak eran hindúes de la India provenientes de África oriental. Kemi Badenoch, por su parte, quien quedara eliminada a mediados de julio, nació en Londres de padres nigerianos, pero se crio en buena medida en Nigeria y en parte en Estados Unidos antes de residir en la Gran Bretaña a los 16 años.

Esto ilustra dos cosas crucialmente relevantes al considerar a África hoy. La primera es que no es un monolito. La segunda es que es complicada su relación con Occidente.

África es un continente de 54 países, con 1 400 millones de personas y entre 1 000 y 2 000 idiomas. Contiene múltiples comunidades negras, árabes, bereberes, blancas y asiáticas, su población es muy joven —con un promedio de edad de 20 años— y es el continente con la mayor diversidad genética y el crecimiento más rápido del planeta. Se calcula que al terminar el siglo África tenga una población por encima de 4 000 millones de personas.

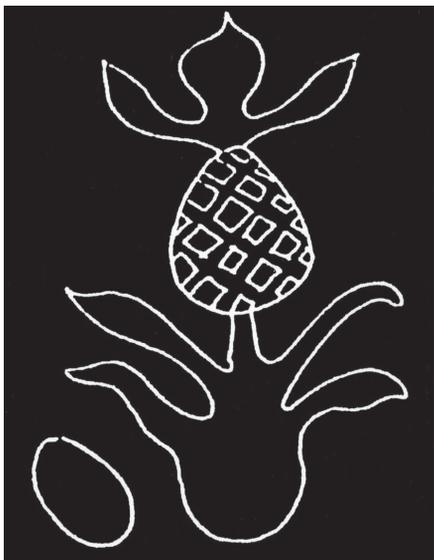
Sin embargo, el silencio de África hacia Europa y el resto del mundo —y también la diversidad dentro de la propia África— no lo entienden muy bien muchos en Occidente.

Dos nuevos títulos: *Africa Is Not a Country: Breaking Stereotypes of Modern Africa*, por Dipo Faloyin, e *It's a Continent: Unravelling Africa's History One Country at a Time*, por Astrid Madimba y Chinny Ukata, tratan de enderezar esto al poner el acento en la diversidad demográfica, social e histórica del continente. El libro de Faloyin ve la relación entre Europa y África en términos casi exclusivamente antagónicos: la primera ha causado muchos de los problemas políticos y sociales de la segunda, y los europeos siguen siendo condescendientes en sus actitudes hacia los africanos. Un libro más, *Against Decolonisation: Taking African Agency Seriously*, por Olúfemi Táíwò, ofrece una relación más matizada de la relación entre Occidente y África, no sólo en términos de conflicto, sino en términos de la continuidad de las ideas y de la cultura.

África no es un país. Es un continente. Pero su pasado y su presente han sido en buena medida moldeados por Occidente, como sucederá con su futuro. ¿Es posible apreciar a cabalidad la complejidad de África sin tomar en consideración, asimismo, su complicada relación con Europa?

*It's a Continent...* no aborda este tema. “Éste no es el libro clásico de historia”, escriben Madimba y Ukata, quienes son una profesional del comercio y una periodista. “Piénsese en él más bien como un conjunto de relatos que nunca escucharon en las escuelas”. Adaptado de su popular podcast sobre historia del mismo nombre, su libro es una miscelánea de diversos aspectos de África.

Cada uno de sus breves capítulos narra una historia esclarecedora sobre las naciones de África. En el segmento de Marruecos, por ejemplo, las autoras señalan que la Unión Europea cuenta con fronteras terrestres con África. Esto es por-



que Ceuta y Melilla, dos enclaves urbanos en Marruecos, son oficialmente parte de España.

Si bien el libro de Madimba y Ukata es útil, en especial para quienes no están familiarizados con África y desean conocer más, carece de análisis y discusión sólidos. Faloyin, en cambio, tiene un sesgo polémico más agudo.

Editor en *Vice*, Dipo Faloyin nació en Estados Unidos, creció en Nigeria y en este momento reside en la Gran Bretaña. “Durante mucho tiempo”, escribe en su libro, “África ha sido tratada como una expresión en boga para referirse a la pobreza, el conflicto, la corrupción, las guerras civiles”. Ésta es una imagen de África. En la otra, escribe, “se le trata como un gran parque safari”. *Africa Is Not a Country...* está escrito para darle densidad a esta imagen simplista, para mostrar lo que en realidad es África.

Muchos de los conflictos en África, escribe Faloyin, han sido por el territorio: el derecho de los grupos étnicos a verse libres de la persecución y de la violencia en su propio pedazo de tierra. “Solo el 30 por ciento de todas las fronteras en el mundo están en África”, escribe Faloyin, “sin embargo, el 60 por ciento de todas las disputas territoriales que han llegado a la Corte de Justicia Internacional provienen del continente”.

Esta situación, explica Faloyin, es consecuencia directa del gobierno colonial: un grupo diverso de comunidades en África con muy poco en común se vieron obligadas a mezclarse y se volvieron colonias europeas. Cuando estas colonias se transformaron en nuevas naciones independientes, lo hicieron “saltándose el cimiento de la confianza y el entendimiento orgánicos que están en la raíz de la valía de la formación de una nación a lo largo de los siglos”.

Faloyin ofrece algo de contexto histórico para explicar cómo se dio esta situación. En 1884, los representantes de 14 países se reunieron para dar inicio a la Conferencia de Berlín, la cual repartiría los territorios de África entre siete países europeos: Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Bélgica, España y Portugal. Antes del inicio de la conferencia, 80 por ciento de África estaba libre de un gobierno colonial; 30 años después, 90 por ciento de África estaba controlado por Europa. De haber habido representantes africanos en esta conferencia, señala el autor, habrían elegido “identificarse en los mapas con las comunidades que hablaban ciertos idiomas y que veneraban a ciertos dioses”, en lugar de “obligar a grupos étnicos diversos a vivir bajo la misma bandera”.

Aunque Faloyin plantea con elocuencia que muchas de las disputas territoriales en África después de la independencia

*África no es un país. Es un continente. Pero su pasado y su presente han sido en buena medida moldeados por Occidente, como sucederá con su futuro. ¿Es posible apreciar a cabalidad la complejidad de África sin tomar en consideración, asimismo, su complicada relación con Europa?*

son consecuencia del colonialismo, no se demora en el hecho de un corolario igualmente fascinante: la diversidad de muchos Estados en África hoy —que muchos desde la izquierda progresista ven como algo positivo— es también consecuencia del imperialismo europeo.

Véase el caso de Nigeria, el país del que proviene la familia de Faloyin. Se trata de una nación con más de 250 grupos étnicos y más de 500 idiomas. El hecho mismo de que en un principio tantas comunidades diferentes fueran subyugadas para estar juntas en una colonia, de la cual se creó la República Federal de Nigeria, se debió al Imperio británico. Hay una pregunta explosiva que Faloyin no plantea pero que transita por debajo de su discurso: ¿es posible reconciliar un Estado-nación en extremo diverso con una democracia liberal justa y estable?

Dipo Faloyin parece implicar que en el caso de los países africanos, en los que esta diversidad fue impuesta por Europa, es difícil contar con diversidad y estabilidad. En su crítica a las modernas naciones africanas, por ejemplo, cita un estudio de 2011 realizado por profesores de Harvard y de la Universidad de Nueva York, en el que encontraron que los “países con fronteras no naturales y comunidades divididas tienden a tener mayores problemas económicos y mayor violencia política”. En otras palabras, la extrema diversidad de estas naciones es un problema que debe encarar el Estado.

Según Faloyin, aquí está la falta del “divide y vencerás” en la aproximación del colonialismo europeo. Sin embargo, como alternativa a lo anterior, argumenta en pro de un movimiento que busque unificar a la población negra en la diáspora con la población negra en África: el pan-africanismo.

El pan-africanismo, no obstante, no es nativo de África; es producto de la diáspora de la población negra. Es producto, en otras palabras, de Occidente. Surgió al inicio del siglo xx en los cafés y auditorios estudiantiles de Gran Bretaña y Francia, no en los pueblos y villorrios de Kenya y Ghana. W.E.B. Du Bois, uno de los fundadores del movimiento, era estadounidense. Marcus Garvey, otro ícono del movimiento, nunca en su vida visitó África. Un elevado número de los dirigentes asociados al movimiento, como Kwame Nkrumah, se educó en Estados Unidos y en Gran Bretaña.

Faloyin escribe que el pan-africanismo ofrece un “colectivismo constructivo para levantar un futuro compartido que asimismo respete y dé lugar a los matices”. Pero no explica cómo ha de hacerse esto. Si aceptamos que los Estados-nación de África han luchado para abarcar a los diversos grupos

étnicos dentro de ellos, ¿por qué hemos de asumir que estas mismas comunidades estarán felices de sumarse a un movimiento continental?

Esto no quiere decir que el pan-africanismo sea una tendencia sin ningún crédito. Son elocuentes los planteamientos morales que opone a la opresión y a la percepción de los africanos de parte de los europeos. El punto radica en que estos argumentos provienen de un contexto occidental.

Se requiere de un análisis más denso sobre la continuidad de las ideas entre África y el mundo occidental, y el libro de Olúfẹ́mi Táíwò, *Against Decolonisation...*, sí lo ofrece. También plantea con solidez cómo pueden salir de su malestar los africanos; no atrapados en el estado psicológico de la victimización, sino exigiendo su voluntad.

Táíwò, nigeriano de nacimiento y profesor de estudios africanos en la Universidad Cornell, cree que “transformar la lucha en contra del colonialismo en un llamado en favor de la renuncia a todos los aspectos de la vida cultural, social, política o científica del colonizador, sería rendirse ante la unicidad de la humanidad”. De hecho, para él, éste sería “el motivo racista definitivo”, pues la “mezcla está en el núcleo de la civilización humana”.

Cuando pensamos en la relación entre colonizado y colonizador, muchas veces la pensamos en términos de conflicto. El colonizador impuso su visión sobre la de los nativos y los nativos desde entonces tratan de romper con ella. Pero Táíwò plantea una pregunta relevante sobre este binario: “en el esquema del ‘imperialista’ contra el ‘resistente’, ¿dónde ubican nuestros descolonizadores a sujetos como Wole Soyinka, Nelson Mandela, Obafemi Awolowo?”

Estos escritores y pensadores se opusieron apasionadamente al dominio colonial, pero también emplearon el idioma y algunas de las ideas que introdujera el colonizador —democracia e igualdad— para desmontar esta dominación. Según Táíwò, la perspectiva de Faloyin —la cual ve la relación entre Occidente y África tan sólo en términos de conflicto— levanta un “muro entre” África y el mundo occidental y “no permite a África moverse al unísono con el resto de la humanidad hacia un mejor futuro”.

África puede tomar ideas que introdujo Occidente, porque tales ideas no le pertenecen exclusivamente a esta región. Y los africanos lo pueden hacer porque tienen voluntad y dignidad. “En el fondo”, escribe Táíwò, “mucho del discurso sobre la descolonización” descansa en tratar de “transformar al colonialismo en una categoría eterna”. Para él, esto es en extre-

*Faloyin escribe que el pan-africanismo ofrece un “colectivismo constructivo para levantar un futuro compartido que asimismo respete y dé lugar a los matices”.*

mo condescendiente: “ignorar y/o denigrar persistentemente la voluntad africana —sea con buenas o malas intenciones— reafirma la ideología racista de que los africanos son niños permanentes”.

Faloyin, Madimba y Ukata abordan la relación de África con Occidente. Pero lo hacen someramente o en términos de conflicto. Táíwò ofrece una relación bastante más densa: la intrincación de África con Occidente es compleja en muchos sentidos, y uno de ellos es moral. Occidente ha tratado a los africanos como algo menos que humanos, pero también los proveyó con el vocabulario moral universal con el cual condenar semejante maltrato.

## De Dios a las diez mil horas

Jackson Arn

*Los Angeles Review of Books, Art in America, The Drift, Film Comment, The Forward, Frieze, The Hedgehog Review, Lapham's Quarterly, The Nation, The New Statesman, Partisan Hotel, The Point, The Quietus y The Wall Street Journal* son los nombres de las publicaciones periódicas que han albergado los ensayos de Jackson Arn, un autor que radica en Brooklyn, Nueva York, y a quien interesa lo mismo las letras, el cine, el arte, la música y los libros. Este ensayo visita el género de la biografía de artista y comenta algunos de los títulos más significativos aparecidos recientemente, como el cuarto tomo de la biografía monumental de Picasso, preparada por John Richardson. Tomado de *Art in America*, junio-julio de 2022. Traducción de Antonio Saborit.



**C**ONTAMOS CON LA ESCENA SOCIAL CATÓLICA, para bien o para mal, la cual hay que agradecer. Corría el año del Señor de 1543, y el cardenal Alessandro Farnese recibía a sus invitados